

ESTE libro tiene un singular valor: el carácter de síntesis. Cuando tanta, y abrumadora, es ya la bibliografía sobre Antonio Machado, resulta conveniente hacer un alto en el camino para inventariar y aclarar. Leopoldo de Luis no se engolfa en el océano de cuanto se ha dicho, sino que con buen olfato se limita a lo que es fundamental, lo tiene en cuenta y, luego, piensa por sí mismo. De ahí que el libro tenga dos partes muy bien diferenciadas: la biografía y la interpretación de los textos. Lógicamente, en la primera no cabe otra cosa que establecer el orden, y creo que lo consigue; más aún, con razones convincentes, fija el primer encuentro del poeta con Guiomar en 1926 y, precisamente, por una alusión a su condición de académico. (Fue elegido el 27 de marzo de ese año; redactó parte del discurso de ingreso, que no llegó a leer, pero que –por él– lo leerá un poeta en la Academia: 1989). Con los datos ya sabidos, Leopoldo de Luis busca sentido a lo que el poeta fue: por ambiente familiar, por educación, por sensibilidad. A mi modo de ver acierta cuando valora las anécdotas que pueden convertirse en categoría y aun conformar la vida, como la historia del *palodú* y la relatividad del saber: el niño Machado chupaba una caña de azúcar (la *cañadú* de los andaluces), cruzó otro niño con otra, y la vanidad infantil: mi caña es mayor. La abuela responde: no, la del niño es mucho mayor. Lo que la petulancia le daba por cierto, la realidad se lo negaba. Pero entonces aprendió a reflexionar y a medir las propias limitaciones. (Rectificación lexicográfica: *palodú* no es ‘caña de azúcar’ sino ‘regalíz’).

La evocación del cuentecillo nos lleva a problemas de mayor cuenta. Porque, como apunta Leopoldo de Luis, refundió la anécdota y se la atribuyó a *Juan de Mairena*, el heterónimo de años después. Era un objeto de meditación: Machado inventó una larga teoría de dobles para realizarse dialécticamente, pues le sirvieron de celosía o de antagonista; fueron los fantasmas que ocultaron –con poco disimulo, eso es cierto– su pensamiento o a los que inventó para dialogar. Lo dijo claramente: “Busca a tu complementario, / que marcha siempre contigo, / y suele ser tu contrario”. Antonio Machado se había de referir a esa dualidad inexistente, y que tanto significó en su quehacer: “Con el tú de mi canción / no te aludo, compañero; / ese tú soy yo”. (A veces, el poeta empleaba su propio nombre como desdoblamiento, por ejemplo, al hacer

figurar a otro Antonio Machado como complementario suyo o al celar, bajo el manriqueño Guiomar, a la escritora Pilar Valderrama. Ciertamente cuando desprendió los velos, algún crítico cayó en una trampa inexistente. Un diario de Zaragoza publicó por vez primera el soneto “Perdón, madona del Pilar, si llego”, y creyó que estaba dedicado a la patrona local. Es el texto *LXXII S* de mi edición).

Resulta fácil de la mano de Leopoldo de Luis seguir aquella vida que fue conformando una manera de hacer poesía, y una poesía con atributos muy bien caracterizadores. Porque no cabe, en el caso de Machado, interpretar la obra literaria desde sí misma con ignorancia del mundo exterior y sus condicionamientos. Se llega así, de una parte, a la conversión de la vida en poesía y, de otra, al compromiso social. Sus *Reflexiones sobre la lírica* nos dan una clave de entendimiento cuando habla de los epígonos del símbolo y cuando, en *Los Complementarios*, tan poco proclive se muestra hacia la poesía pura. Dirá que “es evidente que la obra de arte aspira a un presente ideal, es decir a lo intemporal. Pero esto de ninguna manera quiere decir que pueda excluirse el sentimiento de lo temporal en el arte. La lírica, por ejemplo, sin renunciar a su pretensión a lo inmortal, debe darnos la sensación estética del fluir del tiempo, es precisamente el flujo del tiempo, uno de los motivos líricos, que la poesía trata de salvar del tiempo, que la poesía pretende *intemporalizar*”. Estas palabras nos sitúan, sí, en el problema del tiempo, fundamental en la obra de Machado, pero nos sitúa también ante su propio quehacer literario. Hay un poema, titulado justamente *En el tiempo*, que estudia Leopoldo de Luis de manera muy rápida (página 25), pero que acierta plenamente en su diagnóstico: “No cabe duda que nos hallamos ante una de sus piezas príncipes”. Así lo creo y así lo tengo publicado. Para mí la importancia de este texto está en los problemas de forma y de contenido que denuncia. Desde una teoría, que no aplica, reelabora el viejo poema y lo convierte en un espléndido soneto. Tenemos aquí unos principios literarios en los que no me puedo demorar, pero manteniendo la carga emocional que motivó el poema (el recuerdo del padre prematuramente muerto), elimina anécdotas y sentimentalismo para lograr un retrato intencional muy distinto de lo que el primer poema denunciaba.

Este sentido del tiempo, al que a partir de un momento no es ajena la *durée* bergsoniana; la presencia del padre, creador del folklore como disciplina científica entre nosotros; la valoración de lo popular, según cánones bien institucionistas (“si vais para poetas, cuidad vuestro folklore. Porque la verdadera poesía la hace el pueblo”); el conocimiento

de don Julio Cejador (no se eche en saco roto esa *verdadera poesía*), todo vino a enlazarse, y a crear por 1916 la poesía de la llamada “cuarta etapa” de Antonio Machado. En un homenaje que coordiné en Málaga (se publicó tardíamente en 1980), expliqué los motivos que motivaron estos hechos y que vinieron a ser un peccadillo de don Antonio. Leopoldo de Luis ha señalado muy bien cómo el poeta, queriendo salvar el escollo del latín para licenciarse en letras, escribió a Cejador, catedrático de la asignatura. Cejador no fue un obstáculo y Machado le dedicó *Otro viaje*. Pero el ex-jesuita estaba muy lejos del mundo intelectual al que don Antonio pertenecía y, de inmediato, el escritor borró la dedicatoria para no tener complicaciones. Lo que no pudo borrar fue la influencia que sobre él ejerció la *Verdadera poesía castellana*, de la que extrajo, si no estoy equivocado, numerosos cantarcillos que copió en *Los Complementarios*. Capítulo éste que acabaría siendo un motivo fundamental en nuestra lírica del siglo XX, pues de él nos quedó Juan Ramón anticipándose (lo pensaba al menos) a todos en su conocimiento; quedan los poemillas de Machado y el testimonio de sus cuadernos; queda el “neopopularismo” de Lorca y Alberti; queda no poco de Moreno Villa y Dámaso Alonso, y, como sombra protectora, la conferencia de Menéndez Pidal en la inauguración del curso en el Ateneo (1919). Después, la tradicionalidad en la escuela española de Filología.

Tiene razón Leopoldo de Luis al no separar la vida de la poesía, imposible en la obra de Machado. Anotando algunos puntos de su tratado, se me ha impuesto la vinculación, que el poeta bien sabía. En un momento escribe: por incomprensión, “se han hecho objeciones un poco inocentes a mi estética de la lírica”. Y está en lo cierto, pues no se trata de saber una cominería intrascendente, sino de entender hasta qué punto la vida ha conformado el ser de la literatura. Y en este momento asalta el recuerdo de Lope de Vega, quien más que nadie pasó de la creación al vivir y de su cotidiano caminar al mundo desasido. Machado compara a Góngora y a Lope y dice: “El mismo Lope, tan intuitivo en sus canciones, incurre en los vulgares juegos metafóricos”. El pensamiento, así expresado y como al *dasgaire* de una nota, es una teoría literaria. Tras el intimismo de *Soledades* o la grandeza de *Campos de Castilla*, Machado vuelve a la intuición de las *Nuevas canciones*. Ya sabemos por qué. Luego, la guerra, y sus versos recuperan en buena parte la voz solemne de otro tiempo. El crítico comenta el soneto *A Lister* (LXXXI S, de mi edición) y hace un precioso hallazgo: el acercamiento de un verso muy repetido a un texto de Gracián (“Si mi pluma fuera tan bien cortada como la espada de V.E.”). Este acierto vale por muchas líneas.

El libro de Leopoldo de Luis es un libro que hay que situar en su tiempo: se publicó en primera edición cuando se cumplían los cien años del nacimiento del poeta; se reedita a los cincuenta de su muerte. La bibliografía que entre tanto se ha producido resulta desazonante. Actualizar el libro sería rehacer muchas cosas. Dejarlo como fue, tal vez nos haga pensar en que algo falta. Pero el autor lo dice con modestia; sus páginas “no pretenden descubrir nada”, sólo comentar una lectura apasionante. Lo que no es poco. Y añade: al leer, cada uno recrea, con lo que la modestia inicial empieza a perder sentido. Si además se logran otros propósitos (“una poesía así, pienso que nos hace mejores y más libres”) no podremos creer que hayamos perdido el tiempo en la lectura.

Leopoldo de Luis, *Antonio Machado. Ejemplo y lección*. Fundación Banco Exterior. Colección Investigaciones. Madrid, 1988.